

GERARDO

Gerardo siempre había sido una persona muy activa y ahora, a sus noventa y dos años, no podía soportar estar rodeado de un montón de abuelos en una residencia de ancianos en lugar de perseguir jovencitas o aventuras. Aprovechaba cualquier ocasión para recordar sus tiempos mozos. Toda la residencia ha oído la narración de su vida y algunos la podrían contar con todo lujo de detalles. Sólo algunos, no todos porque la mayoría de los ancianos de la residencia o tienen alzhéimer o están sordos o la memoria a corto no les funciona muy bien.

Pero aquel era un día especial para Gerardo. Tenía una víctima nueva, alguien nuevo en la residencia. En cuanto pudo se acercó a Florentina. Una adorable ancianita de unos ochenta años, cabello plateado, bien cuidado y peinado, manos delicadas aunque arrugadas y con manchas, uñas pintadas de naranja y con un hermoso lunar debajo del ojo izquierdo que hacía que no vieses otra cosa en ella.

Gerardo comenzó su relato.

“Nací el verano de 1922 en una humilde casa. Mi madre se llamaba Gerarda, a mi padre nunca llegué a conocerle. Se supone que era un soldado alemán que se perdió en la primera guerra mundial, debía ser un hombre muy despistado porque no se supo de ningún batallón que pasase ni en 100 kilómetros a la redonda de mi pueblo.

Tan despistado era que un día se fue de casa a buscar el pan y se volvió a perder, nunca más le volvimos a ver. Nueve meses después nacía yo.

Vivía con mi madre en la campiña francesa. Nos dedicábamos a ordeñar a mis queridas ovejas para poder sobrevivir. También teníamos vacas y alguna gallina. Era una vida muy rural”.

En ese momento Gerardo dejó de mirar el lunar de Florentina y consiguió mirarle a los ojos. ¡Vio que estaba dormida!, no le hizo ninguna gracia a nuestro amigo Gerardo. Como no quería enfadarse con Florentina desde el primer día por no atenderle como merecía, tiró el plato de galletas al suelo. El plato se rompió e hizo un gran estruendo. La ancianita se dio un susto de muerte y Gerardo consiguió su objetivo: ella se despertó.

“Era una vida muy rural, con excelentes panorámicas: verde, verde y verde.

Además de trabajar, tenía que ir al colegio. Tuve un profesor muy raro. Me acuerdo perfectamente que se llamaba Alberto. Siempre iba muy despeinado y estaba un poco loco. En clase de Lengua, a veces jugábamos al Scrabble. Una vez, no se me ocurría qué palabra formar con la “e”, “m” y la “c”, así que me inventé la palabra llamada “emc”, por si colaba. No sé si coló o no, Alberto se levantó y no le volvimos a ver por el pueblo. Aquello significó que gané yo la partida.

Unos días después, vi en la portada de un periódico la cara de Alberto junto a mi palabra inventada. Decía que había descubierto una fórmula, cómo calcular la cantidad equivalente de energía de una masa si se convirtiera repentinamente en energía. Decía que era el descubrimiento del siglo. Creo que luego Alberto se fue a Estados Unidos, menos mal, porque si yo le hubiese pillado le habría dado con todas mis energías en sus masas estomacales. ¡No sólo se había apropiado de mi palabra, también se lo había dicho a todo el mundo!”

De repente apareció “mi amol”. Es una cubana que trabaja en la residencia. A Gerardo nunca le cayó bien y prueba de ello es que ni se sabe su nombre. Se pregunta qué motivo había para que “mi amol” estuviese siempre de buen humor, inaudito. Es bajita, con la cara regordeta, la piel tostada por el sol, ese tipo de tostado como cuando pides al camarero una hamburguesa al punto y te la saca como si llevase todo el día en la plancha. A lo largo de los años había engordado, pero sólo por la zona de la cadera. Cuando pasa por las filas de mesas del comedor para ayudar a comer la sopa a los que no pueden solos, va moviendo las mesas y en ocasiones la sopa se reparte entre la cara, el babero y la ropa del abuelo y la mesa y el suelo, los ancianos ni la catan.

“Mi amol” se llevó a Florentina a echar la siesta. A Gerardo no le hace ninguna gracia puesto que todos echan la siesta y no le queda a nadie a quien contar sus batallitas.

Gerardo no echa la siesta desde que pilló a “mi amol” fumando a escondidas en la cocina. Fue una negociación justa.

Al no quedar ningún abuelo disponible dentro de la residencia, salió al jardín. Allí estaba su no amigo Jacinto, el jardinero. Estaba podando un seto con forma de caballo, eso pensaba, realmente parecía un seto amorfo. Jacinto es muy malo podando pero se lleva muy bien con las flores, les canta, baila, cuenta chistes... no tiene otros amigos ni familia que las flores.

Gerardo hizo maniobra de aproximación a Jacinto y continuó su relato.

“¡No sólo se había apropiado de mi palabra, también se lo había dicho a todo el mundo!”

Cuando era pequeño solía pasar los veranos en Alemania, en casa de mi tío Adolfo. No me gustaba mi tío, tenía un ridículo bigote y su mal genio se veía a kilómetros de distancia. Siempre hablaba en voz alta y te llovían gotas de saliva que salía de su boca, era mejor guardar una distancia prudencial. Tenía la manía de saludar levantando el brazo formando 135° y le olía el sobaco, menudos cercos que lucía en las axilas.

En ocasiones decía cosas raras sobre los judíos por lo que decidimos no volver a verle. Más adelante, mi madre me contó que había formado un partido político. Estuvimos varios años refugiados y lejos de casa por culpa de mi tío, que, según me había contado mi madre, era el culpable de la guerra que estábamos viviendo. ”

En este tiempo, Jacinto ya había terminado de cortar un par de arbustos. Según su expediente era un jardinero muy profesional, pero la realidad era otra; de ahí que

cobrara un sueldo tan bajo. Esta vez le había dado forma de caballo a una arizónica, aunque más bien parecía un arbusto mal cuidado.

Ya estaba terminando su trabajo y entonces se iría a casa. Como Gerardo lo sabía, y no se quería quedar sin alguien que oyese su fascinante vida, aprovecho los últimos minutos que podía pasar con el jardinero.

“Según me había contado mi madre, era el culpable de la guerra que estábamos viviendo. Sí, yo viví la segunda guerra mundial. Fueron tiempos muy difíciles. Nos tuvimos que mudar a la ciudad más cercana, ya que nuestra casa no era segura contra los bombardeos alemanes.

Lo peor para mí no fue la guerra, lo peor vino después, cuando se acabó. Nuestro campo, nuestras ovejas, nuestra vida, habían desaparecido. Lo habíamos perdido todo. Todo por culpa de nuestro tío Adolfo. Fueron tiempos de hambre, grises. Pero salimos adelante”.

En ese momento Jacinto ya no estaba. Gerardo se había puesto tan sentimental que no había visto como el jardinero se había ido. Una lágrima caía por su mejilla.

Menos mal que eran las seis, hora a la que las víctimas se levantan de la siesta. Gerardo entró a la sala de juegos y vio a Mariano, un escritor que nunca llegó a publicar ningún libro en sus 80 años de vida. Tiene el pelo canoso con algunos mechones rubios, los ojos de color azul descolorido, una enorme nariz con forma aguileña y barba con forma de seto de Jacinto. Es sordo como una tapia, eso facilitaba a Gerardo su labor de recrear sus tiempos mozos.

“Pero salimos adelante. Como nos habíamos quedado sin casa, ni ovejas, ni gallinas, ni vacas, mi madre y yo decidimos mudarnos a Londres.

Allí conocí a mi amada Margarita. Era muy mandona pero me volvió loco la forma de su pelo y sus ojos de ratilla. La verdad es que no me acuerdo como nos conocimos, pero me enamore de ella. Además, sabía que no me quería por dinero, ya que no tenía ni un duro. Me acuerdo perfectamente una vez que me llevo a un restaurante. Por esa época, ella tampoco tenía mucho dinero, pero entre los dos pagamos una buena comilona. No he comido un pollo tan rico como aquel en mi vida.

Todo se estropeó cuando mi Margarita empezó a interesarse por la política. Llegó a ser una persona muy importante y provocó mucha hambre porque a los ingleses les dio por hacer huelgas de hambre. ¡Con el pollo tan rico que tienen! La dama de hierro le llamaban, ya decía yo que era un poquito mandona”

Mariano veía a Gerardo mover los labios y pensaba que estaba loco por hablar solo, todo el mundo sabe que él no oye nada. Él, a su vez, se puso a contarle las noventa y tres veces que había ido a la misma editorial para intentar que le publicasen su libro. Aun así Gerardo seguía con su rollo.

“Ya decía yo que era un poquito mandona.

Tenía que volver a mi país natal porque mi madre se estaba aburriendo en Londres, después de cinco años en Inglaterra aún no entendía una palabra del inglés. En invierno de 1955 decidimos volver a la campiña.

Mi madre no lo consiguió, murió en la travesía, se atragantó con un güito de aceituna.

Sin una madre a la que cuidar, podría vivir la vida loca. Decidí irme de vacaciones a la playa de Madrid. Ya me parecía a mí raro, ¡cómo va a haber una playa en el epicentro de una península de mil kilómetros de diámetro!”

Mariano ya había terminado su relato y se había ido. Gerardo se estaba enfadando, nadie quería escuchar sus relatos completos, todos eran unos sosos y dementes. Decidió tomar medidas. En un descuido de “mi amol”, salió corriendo hacia la calle. Tal velocidad cogió que no pudo pararse antes de llegar al carril bus y fue atropellado por el 27 Embajadores-Plaza Castilla.

El conductor de la EMT estaba leyendo un whatsapp y no vio a Gerardo hasta que sintió un bache y se le cayó el móvil. Tuvo que acudir la ambulancia para atender al conductor que estaba con un ataque de nervios por habersele roto el iphone 5.

Gerardo sintió como si una manada de bisontes le pasara por encima y perdió el conocimiento. Cuando abrió los ojos, allí estaba Gerarda mirándole con ternura. Detrás estaban Alberto y Margarita. No vio al tío Adolfo. Por fin se sentía en casa.

FIN

UNAI MERINO HERRÁN